

Réstanos solo decir que en nuestras relaciones con el Sr. Trist, no hemos hallado sino motivos para apreciar su noble carácter; y que si alguna vez llega á consumarse la obra de la paz, será por medio de negociadores adornados de las estimables prendas que en nuestro juicio distinguen á este ministro.

Sírvase V. E. dar cuenta con todo al supremo gobierno, y recibir nuestra atención y respeto.

Dios y libertad. México, á 7 de Setiembre de 1847.—*José J. de Herrera.*
—*Bernardo Couto.*—*Ignacio Mora y Villamil.*—*Miguel Atristain.*—Exmo. Sr. ministro de relaciones interiores y exteriores.



10.

AD

PUEBLO MEXICANO.

RELACION

DE

LAS CAUSAS QUE INFLUYERON

EN

LOS DESGRACIADOS SUCESOS

Del día 20 de Agosto de 1847.



MEXICO.

IMPRESA DE VICENTE GARCIA TORRES,
Exconvento del Espíritu Santo núm. 2

1847.

PUEBLO MEXICANO

RELACION

DE LAS CAUSAS QUE INTERVINIERON

EN

LOS DESGRACIADOS SUCEOS

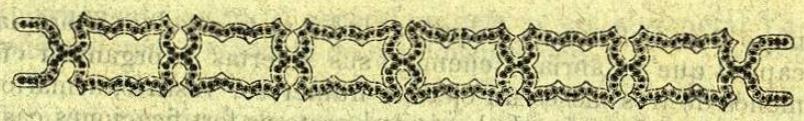
En el año de 1847



MEXICO

IMPRESA DE VICENTE GARCIA TORRES
Excmo. Sr. D. Juan de Dios

1847



AL PUEBLO MEXICANO.

Da; pero escucha.

Desgraciada y lamentable es la suerte de México en la lucha con los Estados-Unidos, y es natural que todos los ciudadanos se sientan oprimidos con el peso de nuestro infortunio. Búscanse por consiguiente sus causas y no hallándose todos al cabo del origen de los sucesos, se fingen ó se dan por supuestas quizá las menos verosímiles, pero que cuadran más á las pasiones de cada uno, pues todavía no se apagan nuestros odios, todavía nuestras rencillas intestinas alzan un grito más fuerte que la afliccion en que estamos sumergidos.

Así es que, el último suceso del 20 del corriente lo pintan algunos con los mas negros colores; y la voluntaria, leal y patente consagracion del gefe de la república al servicio de esta, no basta para acallar á los que solo encuentran explicacion satisfactoria de los sucesos, atribuyéndolos á la mas innoble de todas las causas.

Asombra como despues de hechos públicos que han pasado á la vista de todos, una suspicacia, una preocupacion basten para hacer olvidar aquellos hechos. La nacion ha visto en donde quiera que se ha peleado en la guerra actual, presentarse en el sitio del mayor riesgo, desafiando mil veces la muerte, al general Santa-Anna: le ha visto surcar el oceano y atravesar la república desde Veracruz hasta la Angostura, desde la Angostura hasta Cerro-gordo en busca del ene-

migo y en defensa de su patria: le ha visto revolver sobre la capital que ya abría al enemigo sus puertas y organizar en menos de tres meses un ejército numeroso, vestirlo, armarlo, levantar al derredor de la ciudad costosas fortificaciones casi sin otro auxilio que el de los recursos de su patriotismo, que pocos han secundado: le ha visto en fin en esa funesta retirada del día 20, al frente de las balas enemigas, sereno é infatigable, salvando á los mismos cuyo odio encarnizado insulta su respetable nombre; y sin embargo todavía se le quiere infamar con el mas negro borron, porque la victoria no siguió al que con tanto ahinco como meditacion y prudencia la buscaba; y nada se dice contra el que trajo al país el mas funesto resultado.

El general Santa-Anna es un solo hombre y como tal un punto apenas visible en los destinos de ocho millones de mexicanos: pero como uno de ellos, como general y como jefe de la nacion, recaen sobre esta las acusaciones que se le dirigen; y si la historia imparcial dirá á nuestros hijos que fuimos desgraciados, es honor de todos que añada: esa desgracia no es al general Santa-Anna á quien se debe.

Este interes y no otro ninguno, nos pone en el penoso deber de alzar el velo al secreto de los sucesos del día 20, y mostrar á la nacion y al mundo como la exaltacion del valor, no regida y dominada por la prudencia, ha producido los mas lamentables horrores de inmensas consecuencias.

El general D. Gabriel Valencia ocupaba á la llegada de la Habana del general Santa-Anna, esa posicion ambigua y embarazosa que muchas de nuestras notabilidades militares se han grangeado, en fuerza de la utilidad que los partidos políticos han creído poder sacar alternativamente, para sobreponerse en nuestras interminables discordias civiles. Sin embargo, mostró deseos de servir en la guerra nacional, principal, ó mas bien, único fin del regreso á su país del general Santa-Anna, y este le empleó en el ejército del Norte que iba inmediatamente á mandar.

No hay quien ignore que aquellas fuerzas no estaban aun organizadas y muchos de sus soldados no sabian como tomar el fusil, y ya en México se culpaba la inaccion del ejército, suponiéndolo capaz no solo de batir las fuerzas enemigas, sino aun de mas altas proezas. En el mismo ejército no solo se daba voga á esas acriminaciones, sino que se conspiraba

abiertamente contra el general en jefe, y era el general Valencia el apoyo marcado de esa conspiracion.

Una ambicion, noble si hubiera sido mejor meditada, inducia al general Valencia á creerse llamado á despertar del supuesto letargo á nuestro ejército, y ya anunciaba que con una pequeña brigada destruiria él solo al enemigo. Fué preciso separar del ejército ese elemento de insubordinacion é inmediatamente se atribuyó esa providencia á envidia y á traicion: se afectó creer como seguro que el general Valencia hubiera triunfado y que su gloria eclipsaria la del general en jefe, que la deseaba toda para sí. Si entonces se le hubiera permitido atacar al enemigo, los sucesos del día 20 se habrian anticipado y siempre, si hubiera sufrido un revez, como era probable, el general Valencia, se habria levantado el grito de traicion contra el general Santa-Anna. Dolorosa posicion la de este hombre que no tiene un solo camino en su vida, que la calumnia y la animadversion no hayan sembrado de espinas.

Después de la pérdida de Cerro-gordo, el general Valencia obtuvo del mismo general Santa-Anna el mando del ejército del Norte, donde se creyó que tal vez aplazaria para otro tiempo su ambicion y sus proyectos revolucionarios, y amenazada de cerca la capital vino en su auxilio de orden del gobierno con fuerzas de aquel mismo ejército, que era por decirlo así, la flor de los soldados mexicanos y la esperanza de todos. Diósele la parte que creyó conveniente el gobierno en la defensa de la capital, y desde el primer momento comenzó á obedecer con repugnancia, á objetar las órdenes mas terminantes hasta llegar por fin á desobedecerlas. El general Valencia buscaba la gloria por el poder, y su vanidad le hizo caer en los campos de Padierna donde cortado por la misma posicion que escogió, todavía mas que por las tropas enemigas, se creyó triunfante cuando estaba derrotado.

Las posiciones militares fuera de la capital, manifiestan que el jefe que dirigia tenia un plan en el cual no entraban las batallas á campo raso. El general Valencia creyó acaso cobardía lo que era prudente estrategia, y el éxito infausto de su arrojo es la mas evidente prueba de que él era quien se equivocaba. En consecuencia de aquella opinion, el ge-

neral Valencia resistió cuanto pudo la parte que se le encomendaba. Se le previno que situara sus fuerzas sobre la retaguardia enemiga, y se empeñó en presentarse á su vanguardia. Se le previno, mientras el enemigo recorría nuestros puntos del Peñon, Mexicalcingo y hacienda de San Antonio, que observara sus movimientos para acudir así por su retaguardia si al fin se decidía á echarse sobre alguno de aquellos puntos; mas conocida la intencion del enemigo de dirigirse sobre la hacienda de San Antonio, se le mandó situar su cuartei general en Coyoacán. Al siguiente dia se creyó conveniente que esa fuerza se situara en San Angel; mas fueron tantas las objeciones que el general Valencia hizo á esta disposicion, creyendo que se le situaba allí para batir al enemigo, cuando este todavia estaba moviéndose, que al fin se le mandó colocar su division en Coyoacán; pero el general Valencia que tanto habia resistido permanecer en S Angel, se quedó allí, oponiéndose tambien á la órden de salir que él mismo habia solicitado, afeando cuanto pudo la posicion de San Angel, y no solo no marchó á donde se le prevenia, sino que de San Angel fué á escoger una posicion para oponerse al enemigo en el camino llamado de Padierna, cuyos accidentes le cortaban toda retirada y lo aislaban completamente; y á este campo llamó campo atrincherado donde se creia seguro de vencer.

Al recibirse por el Sr. Santa-Anna el oficio y carta en que se resiste á obedecer replegándose á Coyoacán, la primera resolucion parecia deber ser la destitucion de un general que ó no comprendia el plan del gefe y la parte que en él le tocaba, ó se empeñaba en contrariarlo. Pero el general Valencia queria, aunque imprudentemente, pelear; y no hubiera dejado de decirse que su destitucion, era no por su imprudencia, sino por su valiente arrojo. Además, en medio de sus tropas quitar á un general en un país donde es peligroso para el que manda cuanto no alhague las pasiones y los intereses privados, era esponerse á que la division del general Valencia tal vez diera un escándalo protegiendo la insubordinacion de su gefe. Por último, siguiendo el plan del general en gefe, el enemigo podía pasar hácia las lomas de Tacubaya, y no hubiera dejado de pintarse como traicion ese tránsito de las fuerzas enemigas, cuando un general se empeñaba en impedirlo y aseguraba el éxito de su empeño. Era así pre-

ciso dejarlo obrar ó ir á batirlo, y se apeló al primer extremo dejándole bajo su responsabilidad que obrase en el punto de San Angel nunca en Padierna, aunque con la prevision, que casi rayaba en certidumbre, del descalabro y de sus consecuencias.

El general Valencia al resistirse antes á permanecer en S. Angel, una de las mas fuertes razones que alega es: que el campo de Padierna que habia hecho reconocer era tan mala posicion, que aun ocupada por todas sus fuerzas *cuando volviera por sí, estaria cortado completamente, y abandonado en el monte sin recursos y sin repliegue*; cómo podria suponerse ni figurarse nadie que ya que no obedeciese la órden de situarse en Coyoacan, fuera á escoger ese mismo campo de Padierna y que ese fuera precisamente el campo que tanta confianza le inspiró pocas horas despues para batirse?

El estallido del cañon y el humo de la pólvora lo hicieron conocer en la hacienda de S. Antonio la tarde del 19 y, á paso veloz, marchó al instante una brigada de cuatro mil infantes al inmediato mando del general en gefe, que llegó al campo y no pudo ya penetrar, porque encerradas las fuerzas del general Valencia entre profundos é inaccesibles barrancos, ocupada su retaguardia por el enemigo, así como el bosque de su derecha habria sido preciso cortar por sobre los elevados é inaccesibles cerros á cuyo pié está la fábrica de Contreras, para flanquear al enemigo y llegar á la posicion del general Valencia.

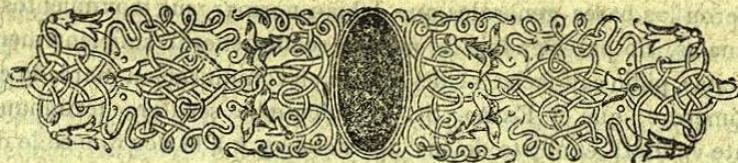
Apesar de ser sumamente comprometida, el general Valencia se creyó triunfante y aun facultado por la victoria para conferir empleos militares aun los mas elevados, y así lo participó oficialmente. La noche vino á suspender el combate y con ella una tormenta desecha amenazaba inutilizar las armas y municiones de la brigada auxiliar, y fatigar al soldado inutilizándole para el combate que debiera trabarse al dia inmediato. Se resolvió pues el general en gefe, á marchar á S. Angel para poner la infanteria al abrigo de la tormenta, y dejando sobre el terreno la caballeria y la artilleria y despachó un ayudante de campo con órden al general Valencia de que aun á costa de su artilleria, que inutilizada abandonase, evacuara el campo y replegara sus fuerzas á San Angel. Esta prevencion fué no solo desobedecida, sino desvergonzadamente contestada por el general Valencia, que atacado en la madru-

gada del día 20, tuvo que salvarse solo, cediendo sus tropas á la imprudente situacion en que se les colocó, sin que la brigada auxiliar y otra que de esta capital se hizo salir pudieran tomar parte en el combate, sino cuando arrollada la posicion, el enemigo avanzó sobre ellas y á la vez sobre San Antonio que ya descubierto el flanco derecho era un puesto inutil y aun adverso á nuestras tropas, cuya retirada cubrió el mismo general Santa-Anna batiéndose personalmente palmo á palmo en todo el camino hasta las garitas de esta ciudad, salvándola así de caer en manos del enemigo.

Tales son en toda su sencilla verdad los sucesos. La falta de obediencia del general Valencia desbarató el plan de campaña del general Santa-Anna completamente, y su imprudente arrojo dió al enemigo un triunfo, comprometió al ejército, puso en conflicto la capital é hizo durísimamente penosa la situacion de la república entera. Al general Santa-Anna ha tocado meditar el plan, combinarlo, presidir á su ejecucion, librar las órdenes para su cumplimiento, auxiliar al general inobediente que queria para sí solo la gloria y no vió el abismo en que hundió á su patria; y cupo, en fin, al general Santa-Anna la suerte de sufrir todo el empuje del ejército enemigo triunfante y detenerlo, cubriendo la retirada de nuestras tropas. Por esto se atreve la cobardia y osa la preocupacion llamarle traidor.

Hemos reunido y presentamos al público todos los documentos oficiales y algunas cartas que dicen relacion á este asunto y que comprueban cuanto hemos asentado. La verdad sencillamente referida no podrá menos de acogerse por la nacion entera, y nuestro fin se habrá logrado, si el honor del gefe de la república tan identificado con el honor nacional, no puede nunca aparecer manchado.

México, Agosto 24 de 1847.



EXTRACTO

DE LOS

DOCUMENTOS OFICIALES QUE SIGUEN.

POR todas las comunicaciones que constan en este espediente, aparece plenamente justificado que el Exmo. Sr. general D. Gabriel Valencia, ha incurrido á sabiendas, en las penas que designa el Código militar, á los que no dan cumplimiento á las órdenes de sus respectivos superiores, porque siendo la exacta y puntual observancia de las leyes militares, la base fundamental del buen servicio, la Ordenanza general conmina con severos castigos, al que en este punto contraviene los mandatos supremos. El espresado señor general tiene sobre sí dos clases de responsabilidad: primero, la insubordinacion; segundo, la inobediencia, mas claro, un conato de separarse de las prevenciones que se le han hecho, concluyendo con negarse abiertamente á la orden terminante para que se retirara del campo de Padierna, á donde lo veia perdido el ojo previsor del presidente general en gefe. Estos cargos se deducen del sencillo análisis de las catorce comunicaciones que forman el foliage de este espediente.

Por la comunicacion número 1, aparece que al marchar el señor general Valencia de su cuartel general para la ciudad de Texcoco, se